

SEDE APOSTÓLICA
SANTO PADRE
Benedicto XVI

Homilía

INAUGURACIÓN DEL AÑO ACADÉMICO DE LAS UNIVERSIDADES PONTIFICIAS 2011

Rezo de Vísperas

4 de noviembre de 2011

Venerados hermanos, queridos hermanos y hermanas:

Me alegra celebrar estas Vísperas con vosotros, que formáis la gran comunidad de las universidades pontificias romanas. Saludo al cardenal Zenon Grocholewski, agradeciéndole las amables palabras que me ha dirigido y sobre todo el servicio que presta como prefecto de la Congregación para la Educación Católica, ayudado por el Secretario y los demás colaboradores. A ellos y a todos los rectores, profesores y estudiantes dirijo mi más cordial saludo.

Hace setenta años el venerable Pío XII, con el Motu proprio *Cum nobis* (cf. AAS 33=1941, 479-481) instituyó la Obra Pontificia para las Vocaciones Sacerdotales, con la finalidad de promover las vocaciones presbiterales, difundir el conocimiento de la dignidad y necesidad del ministerio ordenado y estimular la oración de los fieles para obtener del Señor numerosos y dignos sacerdotes. Con ocasión de dicho Aniversario, esta tarde quiero proponeros algunas reflexiones precisamente sobre el ministerio sacerdotal. El Motu proprio *Cum nobis* representó el inicio de un amplio movimiento de iniciativas de oración y de actividades pastorales. Fue una respuesta clara y generosa al llamamiento del Señor: «*La mies es abundante, pero los obreros son pocos. Rogad, pues, al Señor de la mies que mande obreros a su mies*» (Mt 9 37-38). Después de la puesta en marcha de la Obra Pontificia se desarrollaron otras por doquier

Es grande la visión que el apóstol san Pedro tiene de la llamada al ministerio de guía de la comunidad, concebida en continuidad con la singular elección que recibieron los Doce. La vocación apostólica vive gracias a la relación personal con Cristo, alimentada con la oración asidua y animada por el celo de comunicar el mensaje recibido y la misma experiencia de fe de los Apóstoles. Jesús llamó a los Doce para que estuvieran con Él y para enviarlos a predicar su mensaje (cf. Mc 3,14). Para que haya una consonancia creciente con Cristo en la vida del sacerdote, se requieren algunas condiciones. Quiero subrayar tres, que emergen de la lectura que hemos escuchado: la *aspiración a colaborar* con Jesús en la difusión del reino de Dios, la *gratuidad* del compromiso pastoral y la actitud de *servicio*.

En la llamada al ministerio sacerdotal está ante todo el encuentro con Jesús y el ser atraídos, conquistados por sus palabras, por sus gestos, por su misma persona. Es haber distinguido su voz entre las numerosas voces, respondiendo como san Pedro: «*Tú tienes palabras de vida eterna; nosotros creemos y sabemos que Tú eres el Santo de Dios*» (Jn 6,68-69). Es como haber sido alcanzados por la irradiación de bien y de amor que emana de Él, sentirse implicados y partícipes con Él hasta el punto de desear permanecer con Él como los dos discípulos de Emaús —«*quédate con nosotros, porque atardece*» (Lc 24,29)— y de llevar al mundo el anuncio del Evangelio. Dios Padre envió al Hijo eterno al mundo para realizar su plan de salvación. Jesucristo constituyó a la Iglesia para que se extendieran en el tiempo los efectos benéficos de la redención. La vocación de los sacerdotes tiene su raíz en esta acción del Padre, realizada en Cristo, a través del Espíritu Santo. Así, el ministro del Evangelio es aquel que se deja conquistar por Cristo, que sabe "permanecer" con Él, que entra en sintonía, en íntima amistad con Él, para que todo se cumpla «*como Dios quiere*» (1P 5,2), según su voluntad de amor, con gran libertad interior y con profunda alegría del corazón.

En segundo lugar, estamos llamados a ser administradores de los misterios de Dios «*no por sórdida ganancia, sino con entrega generosa*» (ibíd.), dice san Pedro en la lectura de estas Vísperas. Nunca hay que olvidar que se entra en el sacerdocio a través del Sacramento, de la ordenación, y esto significa precisamente abrirse a la acción de Dios eligiendo cada día entregarse por Él y por los hermanos, según el dicho evangélico: «*Gratis habéis recibido, dad gratis*» (Mt 10,8). La llamada del Señor al ministerio no es fruto de méritos particulares: es un don que es preciso acoger y al que se debe corresponder

Queridos amigos, vivid bien, en íntima comunión con el Señor, este tiempo de formación: es un don precioso que Dios os brinda, especialmente aquí en Roma, donde se respira de modo muy singular la catolicidad de la Iglesia. Que san Carlos Borromeo obtenga la gracia de la fidelidad a todos los que frecuentan las facultades eclesiásticas romanas. Que el Señor conceda a todos, por intercesión de la Virgen María, *Sedes Sapientiae*, un provechoso año académico. Amén.